

CRÓNICA DE EL PRIMER HOMBRE DE ALBERT CAMUS

1960. Una carretera de Borgoña, en Francia. Un accidente de automóvil. En el vehículo viaja Albert Camus. Le acompaña una cartera con muchas notas manuscritas. Son el esbozo de “El primer hombre”.

Camus ha llegado a ser un autor crítico con el poder. A decir de algunos, éste es un papel que se ha perdido y nos preguntamos si ya no hay autores críticos sino sometidos a la coyuntura del momento.

En esta obra, en gran parte autobiográfica, el narrador utiliza la tercera persona para conseguir un cierto grado de lejanía y objetividad con las que mirar hacia su infancia. Él mismo nos confesará que el objetivo de “El primer hombre” es la “búsqueda de mis ancestros, el primer hombre que hay en mí.” Atenuado por la idea de que “la gente pobre no tiene pasado”, intenta reconstruir una vida que le dé sentido al “nihilismo” del que ha terminado adoleciendo en su intrincada y cambiante trayectoria personal.

El comienzo de este viaje a quién sabe dónde es la búsqueda del padre incitada por una madre amable y sumisa que le pide al hijo que visite la tumba del padre muerto en Normandía a consecuencia de la Primera Guerra Mundial. A Jacques no lo mueve una iniciativa propia en busca de sus raíces sino más bien el deseo de agradar a su madre, la mujer que él más quiere. Efectivamente, se pregunta qué hace ante la tumba de un ser que ya no existe y que ni siquiera ha conocido a la vez que se ve impactado por el hecho objetivo de que la persona que yace en la tumba murió cuarenta años atrás más joven de lo que él es en ese momento. De repente, la angustia y la piedad lo sobrecogen. El sentimiento de culpa se apodera de él. El vacío y la indiferencia le hacen daño. Es el despertar a algo nuevo.

Con un gran poder evocador, nos muestra los juegos de su infancia en Argel, su aburrimiento durante las siestas, controlado siempre por su abuela, o el ingenio de esos niños que para suplir sus carencias materiales inventan el tenis del pobre.

La gran emotividad con la que narra el encuentro entre la madre y el hijo, la magistral descripción de su madre o la descripción impactante del cadáver de un soldado (objeto de la brutalidad de la guerra) son pruebas que nos muestran de una manera fehaciente que estamos ante un gran escritor, digno del Premio Nobel de Literatura que se le concedió en 1957.

Quien lee este libro tiene ante sí un alegato contra la guerra y la estupidez humana en la que un hombre duro, amargo, que ha trabajado toda su vida se ve movido a matar por encargo. Y la vida lo lleva por vericuetos insondables cuando Jacques Cormery, que ha emigrado de Alsacia huyendo de los alemanes, recalca en Argelia donde es reclutado para luchar de nuevo contra estos mismos alemanes. Y “cada día centenares de huérfanos nacían en todos los rincones de Argelia”

En la búsqueda de sus orígenes, Jacques nos habla de una manera tierna y evocadora de su madre sorda y analfabeta (pero bella) que ha emigrado junto a la familia desde Mahón huyendo del hambre y nos deja una sobrecogedora frase, condena permanente de los pobres: “En la noche del mundo que ella no podía imaginar una noche más oscura acababa solamente de instalarse”. El pobre se siente mal, es evitado por los otros. Le inunda la soledad. Se siente culpable.

Su tío Ernest supone para él una salida a su agobiante situación familiar cuando se lo lleva de caza y le hace descubrir un mundo nuevo lleno de sensaciones que le hacen sentirse útil: “Jacques descubrió ese domingo que los hombres eran buenos y podían alimentar el corazón”.

Mención aparte merece el capítulo destinado a la escuela en el que Camus rinde un gran homenaje a su maestro tan querido, que le ha marcado de por vida y le ha abierto una nueva senda hasta entonces desconocida: la senda del conocimiento. M. Bernard es la conexión con la figura del padre desdibujada y casi perdida en las profundidades íntimas de Jacques a la vez que éste encuentra en la escuela un ambiente que lo aleja de la miseria de su casa a pesar del escepticismo de esta frase lapidaria: “La miseria es una fortaleza sin puente levadizo”. Su maestro es un anticlerical convencido pero que no pretende adoctrinar a sus alumnos sino despertar en ellos la capacidad crítica si bien usa métodos tradicionales que incluyen la violencia física en el binomio recompensa /castigo. En el ámbito de la escuela, Jacques se curte, se mide con sus compañeros y llega a aprender lecciones inolvidables como que “La guerra no es buena. Vencer a un hombre es tan amargo como ser vencido por él”.

En la búsqueda de sus orígenes, Jacques emprende investigaciones sobre su familia en Argelia y nos muestra todo un mundo de privaciones y penalidades que han sufrido los emigrados, tema que aún hoy en nuestra sociedad opulenta guarda su vigencia. Por eso, la narración nos conmueve. Sin dejar de mostrar pinceladas poéticas, habla de un avión que surca el cielo: "...El avión que volaba derecho, sin un movimiento, como un tornillo que se hundía directamente en el espesor de la noche"; o continúa con su alegato contra la guerra: "Guerra tras guerra, nos remontamos al primer criminal que era Caín". "Multitud de hombres anónimos que no tienen pasado; han llegado a ser anónimos".

La beca que le conceden le permite a Jacques encontrar en el instituto un universo nuevo que lo llevará a sentir vergüenza de sus orígenes y a sentirse desclasado. Pero sigue viviendo en él una tensión entre el mundo que está descubriendo y el amor que guarda a su familia.

Jacques conoce otro mundo fuera de su familia, gente que trabaja, conflictos sociales "Los trabajadores nacionalistas inesperados que no tenían vacaciones ni derecho al paro disputaban a las otras nacionalidades el privilegio de la servidumbre" y llega a pensar que "El trabajo era una necesidad que para hacer vivir conducía a la muerte". Hasta entonces sólo había conocido las riquezas y las alegrías de la pobreza. "Ahora conoce el trabajo estúpido cuya monotonía interminable hace al mismo tiempo los días demasiado largos y la vida demasiado corta".

Las anteriores citas de la obra que nos ocupa son fiel reflejo del marcado carácter social que va adquiriendo la toma de posición personal de Albert Camus frente al mundo que le rodea. En los períodos de vacaciones, en su adolescencia, conoce el trabajo y su valor para ayudar económicamente a su familia. Se siente útil. Se desprende de la tutela de su abuela. Es una forma de madurar.

En sus investigaciones se ve abocado hacia una terrible conclusión que nos muestra su lado nihilista pero de una forma extremadamente poética: "¿Qué queda del padre? Nada. La ceniza ligera de un ala de mariposa en el incendio de un bosque".

La sesión de esta tertulia estuvo amenizada con la inestimable presencia de Manuel Ventura, oriundo de Manacor, que vivió en Menorca, tierra de los ancestros de Albert Camus, y que nos ilustró con una profusión de detalles sobre la vida y obra del autor. Publicado en 1994, el libro supuso una auténtica tormenta para Manuel, lo llevaría a profundizar en el estudio de Camus y nos aportó el título de una biografía publicada sobre el literato: "Albert Camus, una vida". Los participantes en la tertulia se mostraron muy interesados en este libro. También, en opinión de Manuel, le hace falta al libro incidir más profundamente en la vida sentimental de Camus para que sea considerado una auténtica autobiografía.

Otros participantes piensan que la clave del libro que acabamos de leer es la figura del padre y apuntan que toda biografía es reconstruida aunque sea involuntariamente por parte del autor ya que a la hora de autoanalizarse hay muchos "yoes", muchas aristas del prisma que conforma la vida y que nos va construyendo poco a poco aun a nuestro pesar.

Se destacó también la poca presencia de los árabes en el libro así como la tenue aparición de la revuelta argelina aunque haya un capítulo dedicado a narrarnos un atentado en la calle.

Se trata de un libro de perdedores que tanto gustan a algunos lectores. En él el protagonista es un desclasado que siente vergüenza de sus orígenes, que siente vergüenza de sentir vergüenza y que, como todo desclasado no encuentra su lugar en el nuevo orbe al que ha sido catapultado por la cultura. En suma, estamos ante una gran obra literaria que, de haber podido concluirse, habría marcado un hito en la literatura francesa y universal.

Julio Díaz Torralbo